

posiciones á que da vida el arte francés moderno. ¡Qué descripción tan acabada la de esa corte! ¡Qué contraste, qué oposición tan bella, entre el ejército Persa al acecho de Babilonia, y los familiares de Baltasar en su postrera noche de orgía! El autor, poseído del asunto como un artista de genio, ha pintado un cuadro colosal, uno de aquellos frescos que inmortalizaron á *Buonarrotti*.

El padre Navarrete, los dos Lacunza, Rodríguez Galván, Quintana Roo, Fernando Calderón, José Joaquín Pesado y algunos otros vates posteriores á Carpio, son recomendables también por la dulzura de sus cantos; pero, ya está dicho: no eran ellos los que elevarían el pavés mexicano á la más empinada cumbre, por ser hijos de la transición y carecer su voz de la fuerza y novedad con que otros poetas de la misma tierra se han hecho después oír de sus hermanos de América, al través de los bosques y de los mares.

III

Comienza con Guillermo Prieto, personalidad muy ilustre, una era de positivo adelanto para la poesía de México. Este cantor popular no será suficientemente apreciado, si antes que como poeta no se le estudia como hombre. Preciso es determinarle un puesto particular, particularísimo, entre todos los bardos de su época, por la influencia que las luchas políticas y religiosas han tenido en el desarrollo de sus facultades intelectuales, y por su manera de ser como ciudadano, incorruptible, vehementemente, encariñado con las patrias costumbres y tradiciones gloriosas de su país.

Guillermo Prieto ha sido en cierto tiempo á Juárez, el gran Reformador de Méxi-

co, lo que Milton á Cromwell: un espíritu superior que de la visión sublime de la poesía, dedujo algo muy concreto para el arreglo material de los hombres y de las cosas. Ministro en plena campaña de la *Reforma*,—esa revolución gigante que no ha tenido paralelo en las americanas revoluciones,—signaba Prieto una resolución administrativa y con la misma pluma, en nerviosos caracteres, fijaba una canción bélica que á la noche recitaría ante los soldados.

Veces mil, el ministro de Juárez, allá en una sierra brava del Norte, después de un combate horrible, mezclábase entre la tropa que desfallecía de cansancio, y, ya con voz de trueno la animaba para la jornada del día próximo, ó ya con acento dulce, refería historietas á aquellos hombres que olvidaban sus padecimientos por la magia del orador y sonreían encantados de la verbosidad simpática del amigo.

El Romancero de Prieto, es un libro que contiene las hazañas de los principales caudillos de la independencia de México, en la forma narrativa con que han inmortalizado

á Don Rodrigo de Vivar en España, cien autores desconocidos. Los romances del poeta mexicano, no obstante, tienen un sabor tan nacional y tan propio del tiempo en que han sido escritos, que nadie verá en ellos la imitación á que parece ocasionado el asunto. Equivale este *Romancero*, á un curso de historia patria dictado en verso por Prieto á las generaciones futuras. No es todavía la época de hacer justicia entera á un trabajo que crecerá en importancia con los años y cuando á la gloria del autor sirvan de marco los mismos héroes que describe. ¿Quién no recuerda á *Homero* si se nombra á *Aquiles*? ¿Qué mexicano del porvenir no sentirá entusiasmo por Prieto al recorrer esas páginas que trazó su mano, y donde aparecen *Morelos*, *Hidalgo*, *Allende*, *Bravo* ó *Aldama*, hablando el idioma perdido de los *insurgentes*?

No son la extrema elegancia y el musical deleite los que distinguen sin embargo, á este poeta en sus rimas. Sobrándole inspiración, carece del refinamiento artístico que han alcanzado poetas modernos muy inferiores á él. Representante de una generación

literaria muy atrasada, si se compara con la presente, ante la cual se impone todavía Prieto por la majestad del talento, no ha llegado á depurar su gusto de una manera que satisfaga á los severos críticos de la forma.

Negar la ley del progreso es majadería, y en el arte de hacer versos algo se ha progresado de cincuenta años acá, no teniendo aún en cuenta el desarrollo de muchas ideas nuevas que imprimen tan especial carácter á la poesía de nuestros tiempos. La musa lírica de Prieto no ha mejorado gran cosa desde 1840 á la fecha, y si es verdad que campean en muchas de sus composiciones la originalidad y belleza de los conceptos, siempre resultan esas composiciones de un corte antiguo, brumosas, poco á propósito para cautivar á los que hoy buscan la diáfanidad del verso como condición primera en toda clase de poesías. Llámese frivolidad ó como se quiera á esta exigencia, ella responde á un movimiento general que se opera en las bellas artes: al culto exagerado de la forma que á veces degenera en extravagancia, opuesto polo del desaliño.

Despreciando como antiguo simplemente el ayer, háse vuelto no obstante, á la sencillez artística de una antigüedad más remota. ¿Qué otra cosa es la inspiración que grandes talentos de hoy buscan en los modelos de Grecia y Roma? Se desdeña á *Arolas*, por viejo, y se imita á *Lucano*, que le lleva hacia atrás la miseria de veinte siglos. No tiene, pues, nada de extraño, que Prieto, consecuente con el gusto que predominaba en su juventud agrade menos que cuando se remonta á la antigüedad en pasajes tan bellos cual este:

Cómo en las quiebras que formó la lava,
las palmas nacen y las *milpas* crecen!
Cómo do triste el arenal dormía,
los ganados alegres se solazan
junto de los rosales que florecen!
Cómo al pie del ingrato lomerío
gira, dulces rumores esparciendo,
en su ancho cauce el cristalino río!
Y cómo los garzones y las bellas
corren á ver, saltando entre los surcos,
de la diáfana fuente los cristales
bullendo alegres, copos engendrando
de blanquísima espuma
que salpica á los verdes carrizales...

Diríase que estos versos fueron escritos por Virgilio, tal es su naturalidad primitiva, su sabor enteramente clásico. Y estoy seguro de que Prieto protestará contra mí y contra todos lo que otro tanto le repitiesen. Él no quiere ser clásico, ni romántico, ni realista: sólo en ser *mexicano* tiene su penacho este viejo sublime que ha cantado en todos los tonos desde su niñez, obedeciendo á un instinto que llamaré nacional, más poderoso que cualquier influjo de escuela, y sin fijarse en detalles que ha considerado y sigue considerando nimios en el ardor de su febricitante naturaleza. Así, pues, caminando á capricho por sendas distintas, sin sujeción á determinada regla escolástica, es como ha conseguido el puesto que nadie le disputa, de poeta mexicano por excelencia.

Sus tareas literarias de muchos años y que reunidas pueden llenar gruesos volúmenes, darían al investigador más conocimientos positivos sobre la vida de México, que muchas historias donde no existen la variedad fototípica, el interés dramático que se nota en los versos y artículos innumerables con

que ha enriquecido Prieto la patria literatura en el curso de medio siglo.

La musa callejera testifica mi aserto. En esa colección se registran los principales tipos de México. *Fidel*—este es el seudónimo con que se le conoce por el pueblo,—ha vaciado allí, en bronce, figuras cuyo original desaparecerá con el tiempo para mayor gloria del artista que les conserva en su obra impeccedera. No hay exageración al decir que la pluma hace más que el pincel ó que el buril en este caso, porque se trata de tipos populares que hablan un idioma especial, que riñen y se divierten, que se enamoran y se acuchillan, que lucen trajes propios muy bien descritos, y se mueven á compás del verso, con naturalidad sorprendente.

Copio al acaso un romancillo que da perfecta idea del estilo y alcances de *Fidel*, en este difícil ramo de la literatura en que muchos, sin su talento, desmerecen por lo triviales ó se pierden al contrario, por lo difusos:

Nuestro barrio está de holgorio,
repican en la parroquia ;

de tiros largos el cura
va acompañando á la novia
de velo blanco y de traje
hecho á la última moda,
calzado de blanca seda
y de jazmines corona.
Con su pañuelo en la mano,
con su abanico de concha,
— la Virgen parece, dicen
vejetes y cotorronas.
Sale la gente de misa,
los muchachos se alborotan,
las *gatas* y las *lechuzas*
á los zaguanes se asoman,
los tenderos á sus puertas
y á sus balcones las pollas...
— Qué piñecito! qué rostro!
Avísenme si es la aurora,
y si son sus dientes perlas,
y sus mejillas son rosas...
— Qué lástima de muchacha!
Qué bruta doña Simona
que se la dió al viejo verde
que viene como de escolta!
— ¡Ay! mi vida, están los tiempos
para asegurar la torta,
y *asegún* los bodegonos
son, doña Tecla, las moscas...
— Tan muchacha y ese viejo...
Mírelo, parece escoba...
Mire qué piernas abiertas...
— Huy! los gatos usan botas.

— ¿Cuándo será San Cornelio
mártir? se preguntan otras.
— Hoy es la Semana Santa,
¿cuándo el sábado de gloria?
— Y no conoces al Judas?
Lindo chico, — dicen otras,
tan fino, pero sin blanca,
tan tierno, pero en la inopia.
Y el novio pasa orgulloso;
ancho busto, chicas corvas,
el *sorbete* en la mollera
haciéndole mil maromas;
un levitón como funda
y sus colosales botas
boludas como almofreces
y como balijas, toscas.
Va con sus chochos amigos,
con sus amigas cotorras;
unos como *chupamirtos*,
como botijas las otras.
Cuando pasa se sonrien
todos con maligna sorna,
y auguran para el futuro
muchas divertidas cosas...

Entre tanto, un *leperillo*,
triste se pone la mona
en un apartado barrio
llorando lágrimas gordas.
— Pero, — le dice un amigo:
No llores, fuéра congojas;
los hombres siempre valemos,

y de mujeres hay sobra...
Ella misma... bebe un trago,
valedor, y punto en boca!

En este cuadrito, en esta sucesión de caricaturas, se desarrolla un drama completo.

La novia joven, el marido viejo y el desairado amante escuchando en medio de su tristeza insinuaciones malignas, dicen más en el romance de Prieto que cualquier largo comentario sobre cierta clase de matrimonios. Vélese un final que nada tiene de alegre para el marido, con esta sola frase intencionadísima del amigote de Judas:

Ella misma... bebe un trago,
valedor, y punto en boca!

...¿No es así cómo debe tratarse en verso, la miseria de un viejo chocho y el fatal ayuntamiento de un mozo y de una moza que se han querido?...

Guillermo Prieto ha formado escuela en su patria y no es aventurado decir que principia con él una era de positivo adelanto para la poesía de México. Los romances de costum-

bres como los narrativos heroicos de este poeta, han impreso determinado rumbo á no pocas inteligencias que cultivan hoy ambos géneros, con ventaja, desde Yucatán hasta California. Horizontes nuevos se han abierto á la literatura de México con sólo la explotación de su historia y de sus costumbres, y en esta explotación hay que señalar á Prieto como el más grande, como el más decidido de los obreros.

Al visitar Roma, paso ninguno habría dado yo por conocer á León XIII; pero estando en México, era imposible no dirigirme en busca de Prieto, ese otro anciano que sin revestir pontificales insignias, hablaba á mi corazón desde lejos. Para ver al Papa era necesario, además, mendigar la entrada del Vaticano y agacharse delante de cien monseñores muy afeitados que juzgan inmenso el honor concedido á un simple mortal con besar á León XIII la zapatilla.

Resolví, pues, á fines de junio de 1892, presentarme en casa de Prieto, acompañado de dos cariñosos amigos míos que para el caso se me ofrecieron: eran estos Don Antonio de

la Peña y Reyes, brillante periodista redactor de *El Nacional* de México, y Don Enrique Fernández Granados, poeta muy distinguido, de quien debo ocuparme más adelante. Tomamos al efecto un tranvía de los que conducen á Tacubaya, población veraniega donde reside Prieto con su familia. Era un domingo, lo recuerdo muy bien, y al atravesar la campiña que es notable por su frescura y belleza, pude admirar á mi izquierda el *Ajusco*, y á mi derecha, las nevadas cumbres del *Popocatepetl* ó *Ixtazihuatl*, sin una nube que las velase, perfilándose en el azul del cielo con claridad nunca vista.

Soplaba, sin embargo, un vientecillo Norte que á poco trajo una lluvia torrencial sobre la campiña; lluvia que nos acompañó hasta la casa del *Romancero*. En el trayecto, mis dos amigos, á los que se unió Don Enrique Santibáñez, otro redactor de *El Nacional*, me refirieron los detalles de la coronación de Prieto en 1890, á la que habían asistido ellos como casi todos los hombres de pluma en México, llevados por la veneración patriarcal que inspira aquel histórico soldado de las

letras, sobreviviente de cien catástrofes.

Precedió á esta coronación un concurso abierto por no sé qué diario, respecto á *quién era el poeta más popular de México*. La mayoría de seis mil votos en la República favoreció á don Guillermo Prieto, que tuvo como accesitarios á Díaz Mirón y Juan de Dios Peza. El sentimiento público señaló entonces la coronación del bardo como consecuencia del voto de la mayoría, y una fiesta sin precedente en la historia de ese país, se realizó al poco tiempo. La prensa, los colegios, los círculos literarios, las sociedades patrióticas y del ejército con otras muchas corporaciones, contribuyeron al esplendor de esta fiesta; y para que nada faltase, el pueblo, después de la ceremonia oficial y á los gritos de *viva Fidel!* arrebató al anciano del grupo de hombres distinguidos entre quienes marchaba, para llevarlo en hombros hasta la Plaza de Armas, donde recibió la ovación más completa de que guarda memoria poeta alguno sobre la tierra.

Mi amigo y acompañante, don Antonio de la Peña y Reyes, fué precisamente el desig-

nado para poner en las sienes de Prieto la valiosa corona de oro y plata que le ofreció la prensa en esa ocasión. Obtuvo este encargo *Peñita* — como siguen llamándole sus colegas, — á título de ser el más joven representante del periodismo.

Hermoso contraste el que ofrecieron sin duda, estos dos seres en el acto de la coronación! La ancianidad gloriosa, doblada al peso de la emoción y de los recuerdos, y la juventud pensadora, erguida por la emulación y por la esperanza...

Al atravesar el carro en que nos dirigíamos á Tacubaya, los linderos de *Chapultepec*, se presentó á mi vista el hermoso castillo de ese nombre, dominando el valle de México desde la cumbre en que se cimenta, como una de esas grandes mansiones señoriales de la *Edad Media*, que no conocemos los americanos sino en pintura. Esta posición es magnífica. Circunda al castillo un bosque de colosales *ahuehuetes*, contemporáneos algunos del emperador azteca *Chimalpopoca*. La descripción de un lugar tan bello pertenece á la fábula, y nada conozco en mis viajes en

territorios americanos, que sea más digno de admiración, por su salvaje hermosura y el sorprendente contraste que ofrece con las manifestaciones de progreso que le rodean.

Días antes, había acudido yo á una fiesta que en ese bosque, semejante á un santuario druidico, se efectúa todos los años, en conmemoración de la batalla que sostuvieron contra el ejército *yankee*, los alumnos de la Escuela Militar de *Chapultepec*. Por primera vez escuché allí á Guillermo Prieto, á cierta distancia y entre la multitud que invadía el bosque, atraída desde lejos por redobladas salvas de artillería. El veterano poeta saludaba en esa ocasión á sus hijos, — como llama á los actuales cadetes que habitan el castillo, — recitando algunas estrofas conmovedoras. Recuerdo que alentaba á los nuevos alumnos de la Escuela Militar de *Chapultepec* con el ejemplo de aquellos otros muchachos que sucumbieron como héroes bajo la metralla del General Scott en 1847, y que al concluir, los actuales cadetes abrazaron al anciano con muestras del más vivo enternecimiento. Después de esta escena, resolví no dilatar la